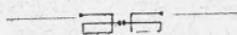




Yo soy un baile
de criadas y de horteras....



de asistentes remilgados y de otros personajes no menos útiles ni menos importantes que aquéllos en la sociedad.

En un baile de este género se exprime hasta la última gota de la diversión.

Porque, indudablemente, hay diversión con gotas.

Con gotas de Manzanilla.

Estos bailes rebozan animación y alegría por

todas partes, incluso por los clarinetes y cornetines de sus respectivas orquestas.

Los bailes de segundo orden, ó sean los desordenados, ó más claro aún, los bailes de á tanto la entrada son los que más juerga arrastran en pos de sus walses alborotados y de sus silenciosas y pausadas habaneras.

Esto no quita para que los bailadores y bailadoras sean galantes y finos en lo que cabe.

Pero en lo que cabe nada más.

—Prenda,—dice á una, al parecer doncella, un jóven perfectamente saturado de finura y galantería; —¿sería usted capaz de pegarse conmigo cuatro *patás* en el terreno?

—Si es para bién.....

—Hija; ni *an* que tuviera yó cara de comerme á las señoras, aunque me esté mal el decirlo.

—*Ustex* disimule; no había querido ofenderle.

En este momento se lanzan al salón cogidos del brazo,

—Usté no puede faltar á nadie, salerosa; pues si tiene usté una cara que mayormente es capaz de volver loco al arcipreste de Toledo.

—No le conozgo.

—¿Que no me conoce usté? Pues si hace falta, buscaré uno que saque la cara por mí.

—Digo que no conozgo á ese señor de Toledo; ni he visto de allí más que una navaja que tuvo el hombre con quien yó traté decisiete meses.

—Diga usté, aunque usté disimule; ¿y habla usté entodavía con ese señor de las armas de Toledo?; porque yó tengo comezón en cuanto que me intereso por una señora.

—Si es curiosidaz.....

—Mayormente no es curioridá; pero si es un secreto y está usté aguardando á su hombre, no quiero intorrumpirla; la dejaré á usté ande la fuí á pedir.

—No señor, no aspero á nadie, y además, que us-tez no me molesta.

—Muchas gracias por el favor.

—No hay de qué.

—Ya me parecía á mí que no tenía usted cara de estar comprometida, aunque me esté mal el decirlo.

—Usted dirá.

—Sí, señora; lo digo porque tiene usted unas ojeras así como de no tener compañía á todo trapo.

—¡Jesús, señor! ¡pués no se fija usted poco en una! Se parece usted á ese señor que llaman del hiznotísimo, que dicen que se la come á una con la vista.

—Hija, será porque ese señor hará lo que yó; que en cuanto me miro en unos ojos como los de usted, que son retepreciosos, aunque me esté mal el decirlo, me pasa lo que al arcipreste.

—¿También se vuelve usted loco?

—Lo que ha dicho usted.

—Si lo hace usted por mí, aunque usted perdone, más vale que lo deje usted para más tarde; porque, aunque diga usted otra cosa, vale una tan poco....

—Vamos, hija; que me está usted haciendo daño.

—Usteez disimule; ¿es con el codo?; porque no había reparado.

—No, señora; con lo que me daña usted, es con esas palabras, que me parece mentira que las vaya usted ditando de adrento.

—Digo lo que siento y nada más; porque á mi me gustan las cosas claras, aunque me esté mal el decirlo.

—Lo que yó siento es otra cosa, mayormente.

—Usteez dirá.

—Lo que siento es que una persona que tiene ese aire tan saleroso y esas circunstancias, esté sin un mal compromiso, manque fuera de poco más ó ménos.

—Mala voluntaz me tiene usteez.

—No es que yo la tenga á usted mala voluntá, es un digamos; pero como por la presente y aunque usted disimule, no puede usted inspirar á un titulo, ni tan siquiera á un Ronchil..... Digo yo, aunque sea descortesía, que no la estaría á usted

malmente un barbi de estos andares y tal; lo cual que yó, por lo que á mi hace, ya había dao con mis menesteres.

—Lo dice ustez tan á boca-jarro que parece *ustez* al *hombre-proyetil*.

—Señora, esto es un decir, y además, que no precisa uno la contestación en el azto.

—Cuando un hombre viene con buen fin, y no es por ofenderle á ustez, y además es una buena proporción..... no es que una lo eche á humo de pajas, pero que, vamos, que..... ustez me entiende.

—¿Y es usted doncella de labor, aunque usted perdone?

—No, señor; al presente estoy desacomodada; pero sirvo pa todo, aunque sea por adulación.

—¿Y ánde pára usted ahora?

—Pues páro en cá de una que es casi tía, y además semos de la tierra, hasta que busque' acomodo.

—¿No podría usted servirse conmigo?; porque ya encontraría yó un güeco ande colocarla.

—Ya ustez vé; como una no conoce la casa....

—Mire usté; yó soy melitar retirado, aunque no lo parezca; me licenciaron el ochenta y seis de cabo segundo, y estoy ahora en casa de mi teniente, ande entodavía no tienen una mala queja de mí; y no es porque yó lo diga, pero las botas que entran en mis manos, salen lo mismo que los oros.

—Si ustez es buena persona, porque lo parece, y dice ustez que hay güeco en su casa, y no me jugará ustez una mala partida, porque algunos de ustedes los melitares son un puro veneno, y me diera ustez palabra de que ustez.....

—Mira, chica; apéate del tratamiento, que yó ya estoy pié á tierra, y si algún día habemos de ser compañeros, es un suponer, no hay que andar con *bulos*. ¿Tú qué dices?

—Pos, si ha de ser, cuando ustez te dé la gana; que diga, cuando tú quieras, moreno.

—¡Que viva tu imágen, salerosa! ¿Cómo te llamas?

—Dolores, aunque me esté mal el decirlo; ¿y tú?

—Yó, Aneceto pero me llaman Hígados, porque es el sobrenombre de mi padre. ¿Conque te llamas Dolores? Pues premita Dios que me estén á mi do-
liendo los hígados hasta que haiga otro deluvio uni-
versal.... ¿Te paice que tan y mientras que semos
compañeros nos vayamos pal cafetín á tomar al-
guna cosa.

—Tú lo diras.

—Pues anda palante, y que me parta un rayo si
antes de cuatro dias no estás limpiando conmigo los
doraos de mi teniente..... ¡Mozo!

—¿Qué vá á ser?

—Tráite Manzanilla; ¿no estás viendo que es pa
una señora?.....





El Tenorio.



s éste un personaje que ha venido á ménos.

Pero tan á ménos, que está ya reducido á la más mínima expresión.

El Tenorio de ahora se parece al Tenorio de antes, lo mismo que un huevo de pava al estribo de un coche.

Ya no hay tal Tenorio, ni Zorrilla que lo fundó.

Ni existe más que la sucursal del Tenorio, ó sea, un Tenorio dejenarado en secuestrador de corazones,

El *Tenorio*, tal y como le creó su autor insigne, es hoy un mito.

Su modo de ser ha cambiado de una manera extraordinaria.

El traje inclusive.

Al ajustado calzón sucedieron, después de muchas evoluciones, de tantas como temporadas transcurrieron desde aquel entonces hasta la fecha, los rústicos y vaporosos pantalones de sistema paracaidas, que, en caso de compromiso, pueden salvar la vida de su dueño y señor.

Las trusas tornáronse seductores gabanes infinitos, con su correspondiente esclavina, semejante á las inocentes alas de un pichón en su última hora.

Entre dos luces, cualquiera toma á un poseedor de esta clase de prendas por un cochero de casa grande; hasta el punto de que, á la salida de un teatro de esta Côte en que se había representado la obra titulada *En plena luna de miel*, decía una señora á cierto pollo:—*Juan, arrima.*

A la temible tizona substituyó el delgado junco.
Y al apretado botín, la espaciosa *lancha inglesa*.
También están hoy muy de moda los miopes.
Priva mucho eso de que un jóven no vea más
allá de sus narices.

Y de ahí el furor de los lentes.

Claro es que, con esas vidrieras delante de los
ojos, no ven uno de órden público á tres pasos.

Pero eso no importa.

El caso es lucir los cristales, aunque por esa de-
bilidad se rompan el bautismo contra una esquina.

Así es que nada de extraño tiene el ver en el tea-
tro X. ó H. á un jóven de lentes que se acerca á
saludar á la funda del violón de la orquesta, tomán-
dola por una persona de la familia.

El carácter es lo que más ha variado en los ac-
tuales Tenorios.

Uno de estos «Juanes» del día no se come
á setenta caballeros crudos; ni seduce á ciento
treinta y siete doncellas en media semana, aunque

también es cierto que se agotó la madera de las «Ineses».

Para el Tenorio de nuestros tiempos, el recurso practicable es el suicidio.

Las crónicas tristes de los periódicos nos dan cuenta diariamente de los sensibles suicidios que se cometen con motivo de algún suceso amoroso.

Y hasta tal punto se ha generalizado la costumbre del pistoletazo en nuestros distinguidos amantes, que las damas que se hallan en estado de merecer se estremecen cuando piensan en nombrar caballero vitalicio.

—Dí, Magdalena, —pregunta una jóven interesada á la amiga de más intimidad; —¿qué te parece que debo contestar á Sinforoso?

—Hija, yó que tú, le diría que *si*.

—Si no sé lo que hacer; parece que me dá miedo.

—No seas tonta, mujer; ¿por qué has de tener miedo? Ya ves que el muchacho está á punto de que le saquen concejal, y que no es mal parecido.

Si; el chico me gusta, y además, él me ha dicho

que tiene cuatro casas en la calle del Pez; pero ¿y si después resulta que algún día dejo de ir á un baile, ó mi papá le llama monigote... y *se asesina?*

—

Pero este Tenorio resulta de color de café con leche, comparado con el otro; con el auténtico; con el *Don Juan* del ilustre castellano.

Al principiarse el mes de Noviembre suele brotar una plaga de *Tenorios* inaguantables.

Máxime si, como ocurre frecuentemente, están representados hasta por *artistas líricos*.

Nos presentan en dicha época algún que otro *Don Juan*, que pudiera pasar muy bien por un *Don Venancio*.

Pero un *Don Venancio* que no llega á la categoría de González.

El bueno de *Don Juan*, que suele estar encarnado (y verde) en la persona de un tenor cómico, exclama en un arranque de entusiasmo, y como si lo dijera

de todo corazón, aunque un tanto conmovido al pensar que puede prenderle un guardia de seguridad por haber cometido dos muertes:

—«Llamé al cielo y no me oyó.»

Lo cual, si se piensa bién, nada tiene de particular.

: Ni el cielo, ni los que estén dentro, pueden oír á estos *Tenorios*.

¡Como que así no se llama al cielo!

Mucho mejor sería que dieran ocho aldabonazos y repique.

El *ejecutor* de *Don Luis Mejía* suele ser una segunda parte.

Afortunadamente, en el cuarto acto le dice *Don Juan*, lleno de ira:

—«Dí en prueba de tu razón
que cara á cara te mato.»

Bueno; menos mal.

Siempre libra de un peso á los espectadores, para las tres jornadas restantes.

Pero hay quien piensa que debe aprovechar la ocasión en el acto primero; porque entonces tambien le pillá á tiro.

El *escultor* es el único personaje que proporciona al público un momento de alegría.

Porque dice, refiriéndose á *Don Juan*:

—«Ahora, que los sevillanos
se las compongan con él.»

Está muy bién; sí, señor.

Que se las compongan con él todos los sevillanos y todos los granadinos, si quieren.

Pero ¿qué tenemos nosotros que ver con los andaluces para cargar con el mochuelo?

En fin, que estos *Tenorios* de guardarropía son insoportables.

Y, ¡qué demonio!,

*Si es broma, puede pasar;
más á ese extremo llevada....
¡resulta ya tan pesada
que no se puede aguantar!*



Un Domingo en el Rastro.



EN los días festivos presenta el Rastro un aspecto admirable, sublime.....

Aquello es un Caos.

Una revolución de riquezas y miserias, — más de éstas que de aquéllas,—en donde las ligas que usó Nicolasa la ribeteadora, se posan sin consideración sobre los guantes que un día enfundaron las regias manos de Felipe II, cuando cultivaba sus aficiones de picapedrero,

¡Oh; poder del tiempo, que reduces á la igualdad á unos soberanos guantes con unas pecadoras ligas *delásticas!*.....

Bien, que unos guantes, lo mismo pueden hallarse entre unas ligas que entre unas calcetas.

Todo allí (en el Rastro) se confunde.

El trabuco del salteador de caminos, con el hacha del verdugo; el lavado de porcelana, con la tralla del gitano; la *Ley de las doce tablas*, con las raciones de queso por un perro grande; el cómodo y espacioso colchón de muelles con el corsé de la bailarina,.....

¡Todo, todo se mezcla y se revuelve!

—Digaste, patrona;—se oye exclamar á un flamenco de tercera clase, que lleva las manos en los bolsillos, como si buscara minas en la nada, y con la gorra cubriendo la mitad de una oreja;—¿no tendría usted un cepiyo de carpintero?; porque me pienso dedicar al trabajo.

—¿Que te piensas qué?... Pero, Pelambre, ¿tú sabes lo que te dices?

—Si, señora; digo que si tié usted un cepiyo de carpintero.

—Ni falta que te hace; ya has aprendido á limpiar caballeros sin cepillo.....

—Miruste, doña Mónica; á honradez, usted lo sabe, me ganan pocos; yó he visto catorce veces la prevención, na más que por compromiso, y no es para mí esa vida; ¿sábuste?

—Mirá, Pelambre; no te acerques tanto al mostrador, porque si te dán un empellón se vá á venir abajo el montante.

—Ni que fuera de manteca;—dice el Sr. de Pelambre, sonándose con los dedos.—Vamos á ver, doña Mónica: ¿qué me dice usted del cepiyo?

—Vélaqui hay uno; tú dirás si te parece bueno.

—No es una finca, que digamos; pero hace pal caso.... Bueno, pues usted ya me conoce; y á todo tirar, ya sabe dónde vivo.

—Ya me parecía á mí que no ibas á pagarlo.

—No es lo primero que me fia usted.

—Pero sería lo primero que pagaras. Vaya ¿no tienes más que pedir?

—Por pedir, sí, señora.

—Tú dirás.

—Pus ahora.... á ver si me procura usted sacar trabajó.—Y se retira el comprador, alegre y satisfecho, aunque con la chaqueta algo más abultada que al acercarse al tienducho.

Cinco minutos después, el caballero Pel'ambre hace liquidación de cuchillos y navajas según él dice—*procedentes de derribo*.

—

Los bazares del Rastro son una enciclopedia.

Allí hay todo lo necesario para comer, vestir y dormir una familia bien ó mal acomodada.

—Mire usted, doña Alejandra,—dice una señora retirada que se dedica á huéspedes, dirigiéndose á la dueña de un establecimiento de muebles al por

menor y al contado;—tengo tantos chicos, que ya no me caben.

—¿En dónde?

—En los gabinetes. Así es que se me van á la cocina. La muchacha, no es porque yo lo diga; pero tiene, un palmito que..... Por eso tengo tantos huéspedes; pero, ¿sabe usted? me ponen los taburetes perdidos, y he pensado mudarme á otra casa más capaz, que he visto en la calle Mayor.

—Siempre es un desahogo.

—Sí, señora; pero, para desahogo, el de ellos. Hace cuatro noches les puse para cenar bacalao, porque lo tenía á mojo desde cuando comimos de viernes en Navidad, ¡y ya usted vé que no había de tirarlo!; y porque lo dejaron y se lo saqué á la noche siguiente, quisieron clavarme con las espinas.

—No se puede tratar con pupilos.

—¡Ay, no lo sabe usted bien! Está una ganando el purgatorio.

—¿Yes de consideración lo que me vá usted á llevar?

—Por supuesto, sí, señora; yó todo lo trato con mucha consideración. ¿Tendrá usted unas cortinillas para la alcoba de la sala?; pero que sean de poco precio.

—Mire usted éstas; pueden servir de cortinones; algodón, pero brillan lo mismo que el damasco.

—Serán de buena procedencia, ¿éh?

—Puede usted llevarlas como si fueran mías. Las usó una coronela; pero ascendió á brigadiera, y tuvo que comprarlas de lana.

—Pues entonces, vaya usted separando; que luego hablaremos de precio.

—¡Qué cosa más rica se lleva usted!

—¡Ah! También tengo que comprar jícaras. No tengo más que media docena, y los chicos tienen que pedir vez para tomar el chocolate.

—Mírelas usted con filete dorao; éstas proceden de una que se vino escapada del Peñón de la Gome-
ra, según me dijo, y las trajo para empeñarlas con algunos objetos más.

—¡Jesús, qué demonio de mujeres! Parece mentira que haya alguna que se escape de su marido. Entre vivir con un *huésped*, porque un marido viene á ser éso, y vivir con once, como una vive, que está una más geringada..... Ahora que me acuerdo; ¿tiene usted geringas? porque tengo un chico en casa, que le sacaron hace poco un destino en el Senado, y como el no está acostumbrado á éso, con los discursos se le levantan unos dolores que.....

—Mire usted qué cosa más buena. Es de bomba; y no está usada más que para un niño de pecho que se desgració cuando estaba echando la dentición.

—Pues apártela usted. ¡Ah!, tendrá usted también lana de colchones; porque aquéllos dicen que están tan vacías las almohadas, que se levantan todos los días con chichones en la cabeza. Todo ello no es más que una exageración; porque las rellené todas cuando se casó mi Dorotea; que por cierto hizo una barbaridad en casarse tan jóven; ya vé usted, ahora tiene ya siete chicos y vísperas.

—Pues de lana, tengo todo aquel montón que está acabada de varear.

—¿Será de confianza también?

—Como los oros. No tengo más que decirla, que el que me la vendió, que dicen que si quiso ó no quiso ser presbítero en Castellón de la Plana, ha tenido después la cruz del Mérito Militar.

—Pues entonces, vaya usted preparándome dos libras y media. ¡Y puede que se quejen todavía!...

—

En el Rastro hay muchos curiosos.

Gentes que no se ocupan más que viendo cómo se ocupan los demás.

Estos todo lo convierten en interrogaciones.

«¿Y qué es ésto?», preguntan á su compañero, ó al dueño del objeto que desean conocer, ó al moro Muza, si le encuentran al paso.

—Dígame usted, buen hombre; —pregunta un joven terne, después de escupir por el colmillo derecho

y de limpiarse con la manga de la chaqueta; —
¿se puede saber de quién es este sable?

—Mio, para servir á usted;—contesta el dueño de la caseta.

—Dios se lo conserve por muchos años. Pero es que lo quería saber, si no molestaba mayormente, por si lo había usao algún general, ó a'go así.

—Pues sí, señor; lo usó el Cervantes cuando tomó por primera vez la Plaza Mayor; ese que monta un caballo tan padre.....

—¡Gachó! ¡Pues vaya un cuajo que tendría el hombre! Porque, míruste que para levantar ese charrasco.....

—Hágase usted cuenta.

—Hombre, y se mantoja que ésto habrá sido enantes de otra color.

—Como que es del tiempo de los pirineos, que dicen que clavaron en una cruz á San Lázaro.

—¿Y qué fué de él?

—¿De quién?

—De San Lázaro,

—Hombre; yó no he vuelto á saber nada.

—Dígame; ¿y de qué es este libro?

—Esos son libros de caballería.

—¿Y está escrito por caballerías esto? Pues, hombre; tienen buena letra. Yó pensé que ésto sería de juegos de manos.

—¿Está usted aprendiendo de éso?

—No, señor; pero no estaría demás para un porsiacaso; porque nadie puede decir de este agua no beberé.

—Pues, por mí, puede usted decirlo; porque lo que es de este agua que tengo yó aquí, que es de lo tinto, le aseguro á usted que no bebe.

—Hombre, es un decir, y gracias por la oferta; no tomo nada entre horas. Dígame, ¿y éste quién es?

—El diós de Mercurio.

—¿Mercurio? No lo conozgo..... ¡Ah, sí! ¡Será el amo del ingüento ése que venden!.....

Fin.

ÍNDICE.



Páginas.

Dedicatoria.	5
Prólogo.	7
Extra-español, sin traducir.	11
La decadencia.	19
La Viuda é Hijas de Lagarejo reciben esta noche en su casa. Gato 14, 3.º izqda.	29
Las quintas.	37
Capítulo de fugas.	47
Flamenquería.	53
La feria de Madrid.	67
Política con gotas.	73
Disgustos pascuales.	83
Señoras benéficas.	93
Carnestolendas.	101

Páginas.

Un censo.	109
¡A veranear!	121
La noche de las Animas.	129
Yo soy un baile de criadas y de horteras.	135
El Tenorio.	143
Un domingo en el Rastro.	151





1063224